

—La lucha no terminará hasta que yo le mate.

Dióse por terminada la fiesta. Felipe de Orleans se retiró, y tras él todos los demás invitados.

Dentro de su carroza, y al lado de sus novios, Aurora y Cruz pensaban que el Cielo no quería concederles dos horas de dicha sin empañarla en seguida con amenazas de muerte. La de Nevers se echó á llorar silenciosamente. La antigua gitanita no lloró: estaba admirablemente templada para la lucha.

XI

Misión secreta.

¿Había confiado Lagardère en que su enemigo le concediera una tregua? No lo sabemos: lo cierto es que los últimos sucesos le dieron mucho que pensar. Decididamente, había que acabar de una vez para siempre con Gonzaga: no debía casarse con Aurora sin poder asegurarle la tranquilidad con la dicha. Sólo había un medio de terminar tal situación de incesante alarma: herir en la cabeza, y para ello el único medio era volver á España, buscar á Gonzaga hasta en el salón del trono de Felipe V, en

cuyo ánimo débil había tomado el Príncipe gran ascendiente.

—¡Qué importa!—se dijo Lagardère.—¡Le mataré en presencia del Rey si es preciso!

La empresa era temeraria en sí; pero no tanto que hiciera retroceder á aquel hombre que nunca había temblado, y que donde cualquiera otro sólo hubiera hallado un fracaso él triunfaba fácilmente.

La mayor dificultad no era el peligro que pudiera correr, y precisamente por ser de orden muy distinto la temía más. Se trataba de obtener el consentimiento de Aurora, que no le dejaría partir solo á un país que tan hostil les había sido, y en el cual veinte veces estuvo á punto de morir él. La duquesa viuda de Nevers se interpondría por su parte para obtener del Regente la prohibición de salir de Francia.

Durante varios días Enrique pesó el pro y el contra y discurrió el modo de obtener á la vez del Regente y de su amada la autorización de partir. Temía que le sería difícilísimo, pues, caso de conseguirlo, le impondrían la obligación de ir acompañado, lo que no quería de ningún modo. Pudiera tener que recurrir á astucias y disfraces, y para ello necesitaba que su enemigo no se pusiera en guardia al reconocer á Chaverny ó á los diestros.

Las circunstancias le sirvieron mucho mejor de lo que podía esperar, y Felipe de Orleans se

anticipó á sus deseos ordenándole ir á España.

El Regente, mal impresionado por la tentativa criminal del palacio Saint Agnan y al ver que no tuvieron resultado satisfactorio las pesquisas de la policía para apoderarse de los culpables, resolvió usar de toda su autoridad para hacer desaparecer el peligro que amenazaba constantemente al Conde y á su amada.

Después de los sucesos de 1720 el marqués de Malebri había negociado con la corte Española el doble matrimonio de Luis XV con una infanta de España y del príncipe don Luis (luego Luis I de España) con la duquesita de Montpensier. El 16 de Noviembre de 1721 se firmaron los contratos en el Palacio Real por el Rey, la casa de Orleans y el duque de Osuna, representante de Felipe V.

Una noche el Regente entró á llamar á Lagardère.

—No ignoráis, Conde—le dijo,—que mademoiselle de Orleans marcha mañana á España acompañada de las señoras de Soubisse y de Ventadour, que deben acompañarla hasta Madrid, y del príncipe de Rohan que la escoltará con los gentileshombres de su séquito hasta la frontera.

—Y soy muy dichoso al poder felicitar á Vuestra Alteza.

—Y no ignoráis tampoco que los mismos caballeros deben dar escolta de honor hasta

París á la princesa María Ana Vitoria, futura reina de Francia.

—Hechos tan venturosos para Su Majestad para Vuestra Alteza y para el Reino entero no pueden ser ignorados del público, que de antemano se regocija.

—El público ignora muchas cosas. Hay algunas que, por ejemplo, os atañen personalmente, y que vos ignoráis, como el primer ministro las ignora. Seguro estoy de que dejaría estupefacto á Dubois si le dijera en este instante: M. de Lagardère será de los que con motivos de esas bodas reales van á España.

—Monseñor—se apresuró á decir muy satisfecho Enrique,—ninguna de las muestras de aprecio que me habéis prodigado me es más preciosa que ésa.

—Ya lo sé—interrumpió sonriendo el Príncipe.—Pero aún os causará mayor placer conocer el texto de esta carta reservada que madame de Soubisse entregará en su propia mano á nuestro primo de España.

Tendió al Conde una carta escrita enteramente de su mano, poniendo como condición *sine qua non* para consentir en el matrimonio de su querida hija, mademoiselle de Beaujalois, con el infante don Carlos el destierro de Gonzaga, á quien debía Felipe V obligar á refugiarse en Inglaterra. Era una especie de *ultimatum*;

pero al rey de España le convenía entonces complacer al rey de Francia. Tanto lo comprendió así Lagardère, que dijo:

—Es más de lo que pude soñar; pero menos de lo que deseo.

Felipe de Orleans preguntó sorprendido:

—¿Qué deseáis, pues?

—Casi nada, Monseñor: la autorización de penetrar en España so pretexto de una misión secreta. Invocaría así tal motivo para calmar los temores de mademoiselle de Nevers y de su madre.

—Comprendo vuestro objeto. Vais á matar á Gonzaga.

—Es verdad.

Pero no puedo permitir que vayáis solo. Él está rodeado de sus miserables acólitos, hombres sin conciencia que no se detendrán en los medios, ni aun en el asesinato alevoso. ¡No, no! ¡Vuestra vida es demasiado preciosa para consentir en que la expongáis así!

—La desgracia del Rey y el destierro no le privarán de su oro ni de su espada. ¡Ah! ¡Yo sabré encontrarle cara á cara, y no me conocerá más que en una cosa: en la estocada de Nevers! Y entonces será demasiado tarde para llamar en su ayuda á sus enrodados, que no me inspiran el menor temor.

Mucho rato discutieron el Regente y Enrique sobre el mismo tema.

—El día que madame de Nevers me dé á su hija para siempre, necesito ofrecerle algo en cambio: es preciso que llegue yo ante el altar con la conciencia de haber cumplido mi deber, y que haya sido vengada la muerte de Felipe de Nevers.

Acostumbrado á hablar sin rodeos, confiando en sus bríos y en su valor, sostenido por el pensamiento de que se hallaba en jaque la felicidad de Aurora y que necesitaba jugar una carta sangrienta para triunfar, Lagardère no podía menos de convencer al Regente, poco habituado á discutir con hombres de aquel temple.

—Sólo dos cosas tengo que pedir á Vuestra Alteza Real—concluyó el Conde—que prestéis vuestra ayuda, si la necesita, á mademoiselle de Nevers, y que mantengáis en absoluto secreto los motivos verdaderos de mi ausencia, que quizás sólo dure dos ó tres semanas, pero que puede prolongarse por dos ó tres meses.

—En vista de las razones que me habéis dado—replicó el Regente,—no quiero deteneros. No me causa piedad alguna Gonzaga. Id, pues, caballero; id, y que Dios os acompañe y ayude.

Aquella noche cuando, como de costumbre,

entró la Duquesa viuda en el salón donde conversaban los cuatro jóvenes, Enrique le pidió permiso para introducir á Jacinta, Laho y los dos diestros.

—¿Qué es eso?—dijo Chaverny.—¿Vamos á celebrar consejo de familia? ¿Qué noticia tenéis que comunicarnos?

—¿Es buena ó mala, Enrique?—preguntó Aurora ya alarmada.

Acababa de ver en la frente de su prometido la arruga que se marcaba en las circunstancias graves, y se estremeció de pies á cabeza.

—Buena; pero que tal vez haga humedecer vuestros hermosos ojos con alguna lágrima que tendréis que secar muy pronto, Aurora.

Entraron los personajes ya citados; Enrique cogió la mano de su novia, la besó y le dijo:

—No os alarméis, querida niña. Su Alteza Real me honra designándome para formar parte de la escolta de mademoiselle de Montpensier.

Aurora lanzó un gran suspiro de alivio.

—Iréis hasta la frontera, y volveréis acompañando á la Infanta. Vuestra ausencia será, pues, de corta duración, aunque se me haga tan larga...

—En este punto debo desengañaros.

—¿Qué queréis decir?

—Que no volveré con la Infanta. El Re-

gente me encarga de una misión secreta en la corte de Madrid, y no estaré de vuelta antes de un mes.

—¡Vos en Madrid!—exclamó Aurora—¡En Madrid, donde está Gonzaga! ¡Imposible! ¡Madre, os conjuro que vayáis á ver al Regente, y si es indispensable que Enrique vaya á España, solicitud que yo pueda acompañarle!

Madame de Nevers se había puesto de pie, muy pálida también, vislumbrando los peligros que iba á correr el Conde, y los que su hija podía correr en ausencia de él.

—Sentaos, señora—dijo Lagardère.—Toda gestión ante el Regente será inútil, pues es imposible que cambie de resolución. Mi deber es obedecerle, y por dura que me sea esta separación de algunas semanas, no tengo más remedio que resignarme. Encomiendo á Chaverny, á Navailles y á todos los presentes la custodia de lo que más amo en el mundo. Cuento con vuestra amistad, señores. Estas damas tendrán que resignarse á salir lo menos posible, y confío en que no darán un solo paso fuera de este palacio sin que las acompañéis vosotros, ó en vuestro defecto Cocardasse, Passepoil y Laho.

—¡Oh! ¡No nos lleva!—gimió el normando,

—¡Sangre de Cristo! ¿Quieres decir que no iremos contigo, pequeño?

—Voy solo, absolutamente solo, y aquí hacéis falta. Ya sabéis que hay lobos por los alrededores: cazadlos y matadlos como á perros rabiosos; el Regente os lo permite.

—¡Cuernos de Satanás! ¡Ya puede prepararse la caja si han de enterrarlos con decencia!

—¡Sed prudente, Enrique!—dijo la Duquesa.—Ya sabéis que la felicidad ha entrado en esta casa con vos y que váis á llevarosla hasta que volváis. ¡Volved pronto, hijo mío, si no queréis que muramos aquí de temor y de incertidumbre!

—No temáis nada por mí. Mi presencia en España será tan secreta como mi misión, y al regreso consagraremos definitivamente nuestra ventura. Mi adorada Aurora, y vos, doña Cruz, preparad vuestros trajes de novia: el día de prosternarnos ante el altar está muy próximo.

Aurora se colgó á su cuello y le dijo en voz baja:

—¡Júrame que volverás muy pronto! ¡Tengo tanta ansia de ser madame Lagardère!

—Amada mía, sed prudente y valerosa, y rogad á Dios por nuestra próxima dicha.

La estrechó contra su pecho, la besó en la frente y exclamó:

—Nadie debe saber que voy á España: ni el mismo príncipe de Rohan lo sabía cuando me separé de él en la frontera. Para todos me dirigire á Perpignan con objeto de embarcarme con rumbo á Italia. Os digo esto para advertiros que no recibiréis noticias mías durante mi ausencia y que no debéis revelar á nadie, absolutamente á nadie, que he ido á España.

Al día siguiente Lagardère cabalgaba á la portezuela de la carroza de mademoiselle de Montpensier y hacía esfuerzos sobrehumanos para parecer despreocupado y alegre, aunque le asaltaban graves preocupaciones; pues, aparte de tener que separarse de su novia y verse obligado á encargar á otros de velar por ella, tenía que preparar un plan de campaña para evitar que Gonzaga se le escapase nuevamente.

El cambio de Princesas se efectuó en la embocadura del Bidasoa, en esa isleta de los Faisanes que ha hecho célebre la celebración de varios tratados. El marqués de Santa Cruz entregó á Francia la infanta de España, y el príncipe de Rohan le confió la señorita de Orleans. En seguida, y después de los mutuos cumplimientos de rigor, las dos escoltas se volvieron

ron la espalda para dirigirse á sus capitales respectivas.

En cuanto caminaron una legua el conde de Lagardère presentó sus homenajes á la Infantita y se despidió del Príncipe.

—Su Alteza Real—le dijo éste—me previno, en efecto, que os separaríais de nosotros. Aunque desconozco las razones de ese viaje, no dudo que en él habéis de conquistar nuevos laureles; y si bien lamento mucho privarme de vuestra compañía, me complazco en deseáros éxito feliz y buena suerte.

Enrique le dió efusivas gracias, estrechó la mano de los demás caballeros y partió al galope. Cuando desapareció á la vista de la escolta exclamó:

—¡Ahora nosotros dos, Gonzagal ¡Dentro de algunos días, desterrado de la corte de España, te encontrarás conmigo, y tu frente chocará con la punta de mi acero! ¡Así, esta tierra en que tanto padecí por tu causa beberá tu sangre hasta la última gota! ¡Ha llegado la hora suprema! ¡Felipe de Mantúa! ¡Guay de ti!

Sulkhan, el turco de las siluetas.

Mademoiselle de Montpensier halló ante los muros de Madrid crecida muchedumbre que la aguardaba. Las puertas, recientemente cerradas, se abrieron de par en par para dar paso al príncipe don Luis, que acudía á recibir á su novia con lucido cortejo de grandes damas y encumbrados caballeros vestidos de gala.

El suelo estaba alfombrado de flores y césped desde un cuarto de legua antes de llegar á las puertas de la villa, y lo mismo las calles por donde debía pasar la espléndida comitiva. Todos contemplaban á la princesa de Orleans, cuyo matrimonio con el heredero de la corona se había concertado á raíz de la guerra, y que entraba en Madrid con el ramo de oliva, símbolo de la paz.

Creemos innecesario describir minuciosamente las ceremonias de la presentación de los futuros esposos, ceremonias en las cuales el pueblo se interesó al principio mucho más que en un extraño personaje que se había colocado detrás de la carroza como si formase parte de cortejo.